

tos, trataron de arrojar del poder á los republicanos; mas la actividad y energía de Pi y Margall desbarató sus planes. Al día siguiente fué disuelta la Asamblea por medio de un decreto, y el primero de Junio se reunieron nuevas Cortes constituyentes. Pi y Margall fué elegido presidente del Poder ejecutivo, y don Nicolás Salmerón, presidente de la Asamblea.

Habíanse las Cortes apresurado á proclamar la república federal como la forma de gobierno de España; pero los exaltados no se contentaron con esta simple declaración teórica, sino que quisieron deducir inmediatamente sus consecuencias prácticas, anticipándose á la obra del parlamento, del que desconfiaban, y se levantaron en armas en Málaga, Cartagena, Sevilla y otros muchos sitios, erigiendo otros tantos cantones. Pi y Margall, que prefería vencer la insurrección por un convenio más bien que por la fuerza, tuvo que abandonar el poder ante la hostilidad de la derecha de la cámara, siendo sustituido por Salmerón, que desplegó gran firmeza para someter á los cantonales. El general Martínez Campos entró en Valencia y el general Pavía en Sevilla y en Málaga, no quedando á poco á los rebeldes más baluarte que la plaza fuerte de Cartagena, en cuyo puerto estaba reunida casi toda la escuadra española y donde contaban los sublevados con poderosos elementos de resistencia. Para restablecer la disciplina en el ejército, se estimó preciso aplicar la pena de muerte. Don Nicolás Salmerón, comprendiendo esta dolorosa necesidad, negóse, sin embargo, á poner sus actos en contradicción con sus arraigadas convicciones, y dejó la presidencia del Poder ejecutivo, pasando otra vez á la de las Cortes, y reemplazándole en aquella don Emilio Castelar. Restauró el insigne orador y eminente patriota la disciplina militar; reorganizó el cuerpo de Artillería, cuya disolución había sido la causa ocasional de la renuncia de don Amadeo, y estrechó á los cantonales de Cartagena.

Mientras tanto, el carlismo, pescando en río revuelto, había organizado y aumentado considerablemente sus huestes. Don Carlos cruzaba otra vez el Pirineo, establecía su corte en Estella y nombraba ministros cual si fuese verdadero soberano. Los progresos de las armas absolutistas no hicieron desmayar un momento á la opinión liberal del país, bien persuadida de que, cualquiera que fuese la suerte reservada á la república, no triunfaría el pretendiente; no obstante, contemplándolos desde fuera y á través del prisma de la pasión, los monárquicos franceses los juzgaban precursores de la entrada de Don Carlos en Madrid, pensando al par que no estaba mucho más lejana la exaltación del conde de Chambord al trono de San Luis, como decían. Las dos ramas de la *casa de Francia*, que parecían separadas por un abismo, se habían reconciliado. El orleanismo renegaba de su significación y de su historia, y el conde de París, el biznieto de Felipe Igualdad, el nieto de Luis Felipe, el hijo del duque de Orleans, que le había recomendado en su testamento permanecer fiel á la causa de la revolución, iba á

Frohsdorf, y rendía pleito homenaje al conde de Chambord, reconociéndole como único representante legítimo del principio monárquico en Francia. Esperábase, pues, que sus partidarios en la asamblea de Versalles votaran al titulado Enrique V. Investido de plenos poderes por las derechas de la Cámara, el llamado *Comité de los nueve* esforzábase en obtener del nieto de Carlos X declaraciones y garantías que tornaran posible la restauración. El ministerio Broglie dejaba hacer, y el mariscal Mac Mahón guardaba silencio.

Bismarck no estaba tranquilo. Gracias á la convención celebrada por Thiers en Marzo, en el mes de Septiembre transponían la frontera las últimas tropas alemanas. No confiando mucho en la inteligencia de los tres Emperadores para prevenir ó desviar el peligro que columbraba en lontananza, el canciller germánico volvió los ojos á Italia, alarmada ante la expectativa del probable advenimiento de Enrique V. Había éste declarado tantas veces y tan en alta voz su adhesión á la Santa Sede, que en el Vaticano estaban ciertos de verle consagrar todos sus cuidados al restablecimiento del poder temporal del Papa, no bien se ciñese la corona. No le fué, pues, difícil á Bismarck conseguir que Víctor Manuel impetrase discretamente la protección de Alemania. Sin duda por instigaciones del sagaz canciller, hizo un viaje el Rey de Italia á Viena en el citado mes de Septiembre, so pretexto de visitar la Exposición Universal que allí se celebraba. Austria-Hungría, que había denunciado en mil ochocientos setenta el concordato de mil ochocientos cincuenta y cinco, se hallaba en camino de emanciparse, como Prusia, aunque por procedimientos menos enérgicos, de la dominación ejercida durante tanto tiempo por la autoridad eclesiástica en la monarquía de los Hapsburgos. El clero católico, muy irritado, fomentaba la agitación en el país, de donde resultó que el emperador Francisco José y el conde de Andrassy, blanco ellos también de las amenazas del ultramontanismo, acogieran con las mayores muestras de simpatía á su regio huésped, prometiéndole su auxilio, si lo necesitaba. Desde Viena, partióse Víctor Manuel á Berlín, en donde Bismarck desplegó todos los recursos y seducciones de su ingenio para reducirlo á sus miras. Tratóse allí de la posibilidad de una coalición contra Francia y, á lo que parece, el canciller apuntó, velándola más ó menos, la especie de que, en caso de guerra, Italia podría recuperar á Niza y Saboya. Es probable que Víctor Manuel no hubiese echado en saco roto la indicación, si nuevos incidentes no hubiesen interrumpido la negociación comenzada.

Ocurrió, en efecto, que la conjura legitimista tramada en Francia, cuyos autores tan felices se las prometieran, disipóse de pronto como el humo. El conde de Chambord, ó asustado ante la carga que iba á pesar sobre sus hombros, ó por ser consecuente con su significación y con su historia, declaróse resuelto el veintisiete de Octubre, destruyendo los equívocos en que se refugiaba su partido, á no subir al trono sino como verdadero

soberano, á no aceptar imposición de ninguna clase y á no plegar la bandera blanca, reemplazándola con la tricolor. A los ojos del nieto de Carlos X, nada eran ni valían los principios de mil setecientos ochenta y nueve, con que el centro derecho, representante del antiguo orleanismo, intentara reconciliarle. El castillo de naipes, levantado por los monárquicos, se vino al suelo de golpe. Había que desistir de la restauración, al menos por entonces. A pesar de todo, el ministerio Broglie no se daba por vencido, acariciando la esperanza de elevar al trono á los Orleans; mas no siendo realizable este proyecto inmediatamente, quiso ganar tiempo, pidiendo se prorrogaran los poderes del mariscal Mac-Mahón por espacio de siete años, á fin de ir preparando en el intervalo el advenimiento del conde de Paris. Por incierto y problemático que fuese el resultado de semejante plan, las circunstancias no permitían á los monárquicos elegir otro. La Asamblea era más impotente que nunca. Las dos grandes fracciones que la componían constaban casi de igual número de votos; mas una, la adicta á la república, estaba unida, al paso que la otra se subdividía en tres grupos, cuyos celos é intrigas aumentaban el desorden y la confusión reinantes en su seno. Bismarck recobró en parte su tranquilidad, suponiendo á Francia condenada á sufrir por largo período de tiempo la anarquía parlamentaria y estimando que, en tanto no se la dotara de una constitución estable, era poco temible. Continuó, empero, vigilándola, receloso de la influencia que seguía ejerciendo en ella la curia romana. El veintiuno de Noviembre publicó el Papa una encíclica fulminante, denunciando al mundo católico las famosas leyes de Mayo, y á su voz, colocóse en línea de batalla el episcopado entero, distinguiéndose el francés por la violencia de sus ataques á la política religiosa de Bismarck, y desatándose la prensa que obedecía sus inspiraciones en tales invectivas contra Prusia, que el canciller alemán exigió, no sin imperio, que se le llamase á la razón. El *gobierno de combate* tuvo que soportar el sonrojo de complacer á su enemigo, amonestando además á los obispos, á quienes recomendó mayor mesura y prudencia en lo sucesivo. Prusia, no satisfecha aún, circuló una nota á las cortes europeas, expresando su deseo de mantener la paz, mas añadiendo que, si Francia soñaba en el desquite, no le consentiría escoger el momento de entablar la lucha.

Bismarck hablaba tan alto, precisamente porque la alianza de los tres emperadores le parecía cada vez menos firme. A fines de mil ochocientos setenta y tres, se produjeron extrañas corrientes de aproximación entre las cortes de Londres y de San Petersburgo. Rusia, que había adquirido en plena soberanía la mitad del janato de Jiva, es decir, toda la orilla derecha del Amur-Daria, desde los límites de Bujara hasta el mar de Aral, y sometido el resto del país á su protectorado, se detenía en su movimiento de avance, ó aparentaba detenerse, para no molestar á la Gran Bretaña. El ministerio *whig* no ocultaba su satisfacción por las demostraciones amistosas del gobierno moscovita. Al poco

tiempo, el enlace de la gran duquesa María, hija muy amada de Alejandro II, con el duque de Edimburgo, hijo segundo de la reina Victoria, parecía deber avivar la simpatía naciente entre los soberanos de una y otra nación. Algo después, es cierto, el gabinete Gladstone, que había fatigado á su propio partido con la multitud de sus proyectos de reforma y cuya política internacional no colmaba las aspiraciones de la opinión pública, que le reprochaba haber permitido romper, en mil ochocientos setenta, el tratado de Paris y haberse mostrado hartamente condescendiente, en mil ochocientos setenta y uno, con los Estados-Unidos en el célebre asunto del Alabama, cedía su puesto á los *tories*, mucho menos benévolos y conciliadores en sus sentimientos hacia Rusia; de modo que, cuando el Czar fué á Londres, en Mayo de mil ochocientos setenta y cuatro, con el pretexto de visitar á su hija, desempeñaba el cargo de primer lord de la Tesorería el resuelto y belicoso Disraeli, que ansiaba hacer olvidar á su patria los proyectos de reformas, embriagándola de gloria militar ó diplomática. No obstante, Rusia é Inglaterra debían aún ponerse buena cara durante algún tiempo, aparte de lo cual no era el acuerdo de los gobiernos moscovita y británico lo que más preocupaba al canciller de Alemania, sino la inteligencia de Rusia y Francia, de que comenzaba á hablarse. A falta, en efecto, del conde de Chambord, desahuciado casi definitivamente, quedaban, como sabemos, los Orleans, cuyas esperanzas alentaba el gobierno del orden moral, nombre aplicado también al de *combate*. El ministerio Cissey, que había sucedido al de Broglie, seguía la misma política que su antecesor, y se afanaba por conseguir que la Asamblea votase una constitución interina, bajo la forma de *septenado impersonal*, proponiéndose de esta manera abrir un paréntesis que diese holgura para preparar el triunfo del conde de Paris. El duque de Decazes, ministro de Estado á la sazón, empleaba toda su influencia en el extranjero en favor de aquel príncipe. Por sus gestiones, Alejandro II, cuyo padre había observado siempre en sus relaciones con la monarquía de Julio una conducta fría y reservada, aprovechó su viaje á Londres para visitar al nieto de Luis Felipe, alardeando al par de sus benévolas disposiciones hacia el gabinete de Versalles.

Acontecimientos verificados en nuestra patria contribuyeron á aumentar el oculto dissentimiento existente entre las cortes de Berlín y de San Petersburgo. El tres de Enero de mil ochocientos setenta y cuatro, Castelar era derribado del poder por una coalición de las fracciones contrarias de la Asamblea, y el general Pavía, capitán general de Castilla la Nueva, abusando de la confianza depositada en él por el gobierno, profanaba con sus soldados el templo de las leyes y disolvía á viva fuerza la representación nacional. Después de este incalificable atropello, se había formado en España un gobierno presidido por el general Serrano. Bismarck, amante de los procedimientos enérgicos, vió con gusto al frente de la cosa pública al duque de la Torre, de quien se prometía que combatiera

vigorosamente el ultramontanismo para no perder del todo su popularidad y su crédito. Envió, pues, á Madrid á un diplomático prusiano, que apoyó la política del general con su consejo y con su influencia, y á poco reconoció solemnemente al nuevo gobierno, interponiendo sus buenos oficios para que las demás naciones imitaran su ejemplo. Así lo hicieron muchas de ellas; pero Rusia rehusó, sin ambages ni circunloquios, complacer al canciller alemán. El gabinete francés no dijo que no; sin embargo, era obvio que no le inspiraba ninguna simpatía la situación personificada en el duque de la Torre. Los prefectos franceses fingían no advertir los manejos y empresas de don Carlos, á quien los departamentos vecinos ofrecían excelente base de operaciones y cómoda retirada. A las quejas formuladas por el gobierno de Madrid contra la conducta de las autoridades de la frontera, no oponía el duque de Decazes sino vanas negativas y fútiles explicaciones. Realmente decía verdad afirmando que no eran partidarios de don Carlos ni él ni sus colegas, y los miramientos y consideraciones que guardaba á los prefectos legitimistas de los departamentos limítrofes, reconocían por causa el no querer disgustar á sus correligionarios de la Cámara. El candidato del Duque al trono de España no era el representante del absolutismo, sino el príncipe Alfonso, protegido de los Orleans, no mal visto por la Santa Sede y *persona grata* á la corte de Rusia. Al fin, don Alfonso triunfó, merced á una nueva insurrección militar. El veintinueve de Diciembre de mil ochocientos setenta y cuatro, el general Martínez Campos, puesto al frente de la brigada Dabán, encargada de perseguir á los carlistas, proclamó rey, en Sagunto, al hijo de Isabel II. En Madrid, el capitán general Primo de Rivera se impuso al gobierno, y el duque de la Torre, que estaba en el Norte acaudillando el ejército liberal, resignó el mando, para no provocar otra guerra civil. Así se restauró en nuestra patria la dinastía destronada en mil ochocientos sesenta y ocho. Don Alfonso entró en Madrid en los primeros días de Enero de mil ochocientos setenta y cinco, siendo reconocido como soberano por Europa entera.

No en todas las potencias, empero, produjo su advenimiento al trono la misma satisfacción. El gobierno alemán, sin atreverse á confesarlo, experimentó bastante contrariedad, considerando la exaltación de don Alfonso como una ventaja, relativa sin duda, mas ventaja al cabo, del ultramontanismo, con el cual andaba entonces en mayor brega que nunca. Bismarck había roto las relaciones diplomáticas con la Santa Sede; el Papa prohibió á la Iglesia obedecer las leyes de Mayo, y casi todo el clero católico de Prusia adoptaba una actitud facciosa. El canciller quiso arrancar al gobierno italiano la declaración de que la *ley de garantías* no protegía al Papa cuando, excediéndose en el ejercicio de su potestad espiritual, atentaba á la autoridad pública de otro gobierno. No osó la corte de Italia satisfacer los deseos de Bismarck, y éste hubo de contentarse con presentar en el *Landstag* de Prusia nuevas leyes, expulsando á las congregaciones y privando de sus emo-

lumentos y rentas á los sacerdotes refractarios á las disposiciones de mil ochocientos setenta y tres.

Francia, mientras tanto, continuaba fortaleciéndose moral y materialmente. El aumento del efectivo militar del imperio, que se había elevado de cuatrocientos un mil hombres á cuatrocientos veintisiete mil en tiempo de paz, y la aprobación del presupuesto del ejército, no eran bastantes á calmar el desasosiego del canciller. Los representantes de la Alsacia-Lorena, admitidos en el *Reichstag*, protestaban contra la anexión de su país á Alemania y pedían un plebiscito. En la República vecina, la opinión abogaba por la necesidad del desquite. Dos acuerdos de la Asamblea nacional, adoptados en los primeros meses de mil ochocientos setenta y cinco, inquietaron especialmente á Bismarck. Mediante el uno, se adicionaba la ley militar de mil ochocientos setenta y dos autorizando al gobierno para agregar un batallón más á cada regimiento de línea, y por el otro, se aprobaron las leyes constitucionales, que, á pesar de la mala voluntad de los legitimistas y bonapartistas, fueron promulgadas el veinticinco de Febrero de mil ochocientos setenta y cinco. Cerrábase de este modo la era de la anarquía parlamentaria y de impotencia, que Bismarck conceptuaba iba á prolongarse indefinidamente. La antigua mayoría monárquica, rota y deshecha, había cedido ante la izquierda disciplinada y compacta. Se debió semejante resultado principalmente al talento y patriotismo de dos tácticos incomparables, Thiers y Gambetta. La república no era ya aceptada tan sólo como expediente del momento, sino como el gobierno normal de Francia. Según las nuevas leyes constitucionales, el poder soberano lo compartían el senado, la Cámara de diputados y el presidente de la república. Los dos cuerpos colegisladores tenían casi iguales derechos, aunque se exageraban algo los del Senado, para moderar el impulso de la democracia, y se otorgaban al presidente de la república, por la misma razón, facultades de que carecen á veces los monarcas constitucionales. El carácter de la república era, pues, conservador, confirmando el vaticinio de Thiers, que había declarado que la república sería conservadora ó no existiría. Bismarck, con todo, dudaba de la estabilidad de las instituciones republicanas en Francia; pero el gobierno que, en su concepto, estaba llamado á recoger su herencia, le inspiraba aun más recelos que el democrático. Los republicanos de la asamblea no habían podido persuadir al centro derecho á votar las leyes constitucionales sin hacerle importantes concesiones, y esto bastaba para que el canciller alemán creyese, ó afectase creer, que la nueva constitución preludiaba la victoria de los orleanistas. Ahora bien, si el conde de París llegaba á sentarse en el trono, era muy probable que se consumara la alianza entre Francia y Rusia.

Fué justamente en este instante cuando el *Post* de Berlín lanzó el famoso grito de alarma, que resonó en Europa como un trueno. En Octubre de mil ochocientos setenta y nueve, *La Revista de Edinburgo* publicó un excelente trabajo, dando pormenores y